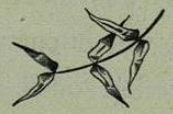
neral complacencia que les echaban las buenas gentes, cándidas, sencillas, ¡y nadie les ha pedido el pasaporte!

. . . . . .



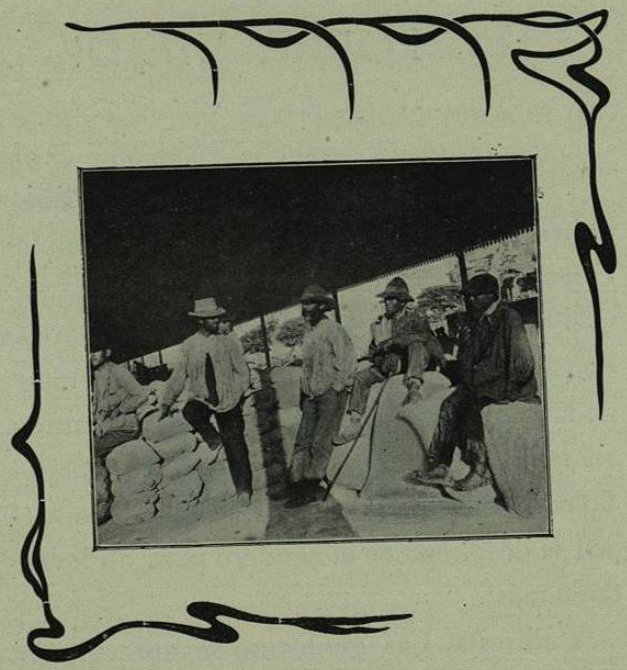
LOS CUCHILLOS

Habían ganado el pan *con el sudor de su rostro,* y por eso comían los descargadores del muelle.

Era medio día, comían sentados en el suelo, puestos al sol, con sus mujeres, con algún pequeñín... Comían vorazmente la escasa ración... Trabajaron mucho, eso sí, pero comían poco; es la lógica de los racionales. Entre los brutos, no: el que da mayor zarpada, más engulle. ¡Lástima que los humanos no seamos más brutos!...

Aquellos hombres blandían, casi todos, grandes y puntiagudos cuchillos con los que partían el negro pan... ¡las afiladas hojas, heridas por el sol, brillaban en las rudas manos de los trabajadores siniestramente!

El espectáculo de los hombres de cara fosca, tiznados, maltrechos, tranquilamente trágicos, manejando los relucientes cuchillos, junto á las mujeres abandonadas en una dejadez de aniquiladas bestias, y rodeados de los pequeñuelos esmirriados, sucios, de pobres ropitas, de caritas de hambre, producía una sensación pavorosa...

Sin embargo, nada había que temer. A la despótica señal de la sirena de vapor, las pobres mujeres volvieron á los miserables hogares, arrastrando su desaliento mortal, tirando de la mano de sus pequeñuelos... Los hombres foscos, gruñendo como fieras domadas, maldiciendo sordamente las injusticias

sociales, reanudaron la bárbara tarea con una mansedumbre desconsoladora... Los relucientes y puntiagudos cuchillos descansarían hasta partir otra vez el negro pan!